

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*El hombre más alto sobre una montaña**

Como indica Nicolás Ortega en su introducción, en esta obra, las famosas *Vistas de las cordilleras...*, se expresa particularmente la orientación paisajística de los *Cuadros de la naturaleza* de Humboldt, pero no con grabados ilustrando un texto geográfico, sino dando prioridad a las imágenes y recurriendo a la escritura para comentarlas. Es muy conveniente, por ello, señalar el interés de su nueva traducción al español y de su reciente edición. Se trata de una publicación relevante, elegida y cuidada por nuestros expertos en historia de la geografía, que la vuelven a hacer accesible, de modo íntegro en textos y en láminas y en un contexto editorial moderno.

Las Vistas... aparecieron en 1810, tras los *Cuadros...*, de 1808. La primera edición de los grabados fue de gran formato, enlazada a las otras publicaciones de Humboldt sobre su viaje a América, aunque más tarde salieron otras versiones reducidas que buscaban mayor difusión. Una de éstas, la de 1869, fue la que sirvió de base para la traducción al español que hizo Bernardo Giner y que publicó en 1878 en continuidad con sus versiones previas de los *Cuadros* y el *Cosmos*. La actual edición, realizada por iniciativa del Grupo de Trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico, perteneciente a la Asociación de Geógrafos Españoles, ofrece, en cambio, una nueva traducción de los textos de la obra completa original y la reproducción de sus 69 láminas. La edición contó con la colaboración del Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid y de Marcial Pons y, con

esta publicación, sus impulsores abren una colección a la que incorporarán libros de diversos maestros internacionales de la geografía. De todos modos, sin este breve preámbulo comprendería que a alguien le pudiera parecer extraño que, a estas alturas, me pusiera a escribir una reseña nada menos que sobre un libro de Humboldt, como se deduciría que ocurre por la nota a pie de página.

Pero Humboldt sigue siendo quien es y con él se recuperan numerosos modos de mirar, valores sustanciales de la geografía y paisajes americanos de profundo sabor. Conocí hace años la edición original de las *Vistas* porque me la prestó un alumno que la había heredado de su familia, sin duda ilustrada desde antaño. No había vuelto a ver las láminas impresas, aparte de las transparencias que hice entonces de los grabados, pero opino que sólo sobre el papel se pueden saborear bien aquellas ilustraciones. Porque es ésta una obra de mirar y gustar en reposo, con las vistas en el formato y en el soporte adecuados. En algún viaje, incluso, he hecho fotos o apuntes de las cordilleras buscando las mismas perspectivas para realizar luego comparaciones con calma entre el hoy y el ayer, en la medida que los distintos tipos de gráficos lo permiten. Ahora, con este libro al alcance de todos, será fácil incluso llevar el libro al mismo punto de vista y, de viajero a viajero, dialogar ante el paisaje.

Al alcance de la mano está, en efecto, la posibilidad de recobrar imágenes fundacionales de la geografía moderna. Pero hay más. Por un lado, en el *Cosmos*, Humboldt indica que hay algo en las montañas que las dota de individualidad. En las cordilleras se dan, efectivamente, las máximas expresiones de individuos geográficos, susceptibles de personalidad propia, de formas y elementos inconfundibles. También ocurre con los volcanes, con ciertas formaciones rocosas, con determinados lagos o ríos o cascadas. Los sitios singulares tienen

* Alejandro de Humboldt: *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Traducción de Gloria Luna y Aurelio Rodríguez, nota preliminar de Nicolás Ortega, Universidad Autónoma de Madrid/ Marcial Pons, Madrid, 2012, 371 pp. + LXIX láms.

carácter y, por ello, retrato posible. Quien no entienda la individualidad de lo geográfico no comprenderá nunca la geografía del paisaje. Por otro lado, el monumento (el libro comprende a ambos), aunque de sustancia distinta, se enclava en un paisaje, se relaciona con la naturaleza, con frecuencia se mezcla con ella, y en cualquier caso la complementa. De modo que las vistas americanas reúnen valores culturales y paisajes. La aparente dualidad de asuntos responde así a la complementariedad de las cosas y a la apertura de la mente del autor. El desorden de lo mostrado acaso enmascara lo que no es sino una demostración de la simultaneidad de hechos naturales y culturales, adicionales, y, por lo tanto, mantiene tácitamente una tesis de fondo respecto a los componentes mixtos del paisaje. Como escribía en los *Cuadros*, en el trasfondo de sus referencias estaban juntos Forster, Goethe, Buffon y Saint-Pierre, capaces de unir en sus descripciones cultura y naturaleza: «[...] atestiguan cómo la historia del hombre y de la civilización se relaciona, de la manera más íntima, con las ciencias naturales».

Además, pertenece esta obra a un afán de mostrar gráficamente el legado americano. De mirar el objeto, tan lejano de Europa aún entonces, por medio de su imagen y proceder a su explicación. Como si se estuviera allí, de trabajo de campo con discípulos, colegas o gente interesada, abriendo el horizonte. Porque la labor de Humboldt fue profesoral y consistió en gran parte en un redescubrir América. El descubrimiento geográfico consiste no sólo en hollar y ver por primera vez un lugar, sino en volver conocido lo desconocido. De modo que incluso en un lugar ya hollado y visto, pero no ingresado aún en los anales del conocimiento geográfico, es su paso a los textos y a los mapas lo que lo convierte en un descubrimiento cultural o científico. De este modo, en este sentido, América ha sido redescubierta para la geografía muchas veces desde el siglo xv, con señaladas aportaciones, entregando al saber sustanciales avances. Desde los cronistas de Indias a las exploraciones científicas del siglo xviii y, de nuevo, desde Humboldt hasta Darwin, los paisajes americanos han nutrido y cambiado de modo esencial el conocimiento del mundo. Humboldt significa, en este proceso, en tal aportación, nada menos que el redescubrimiento geográfico de América para la ciencia moderna.

Pero dentro del proceso histórico mencionado, lógicamente. Es decir, el siglo xvi supuso resolver misterios, esclarecer el dorso vacío del mapa de Ptolomeo, lo que conllevó la alteración del orden antiguo de la Tierra y la disipación, paso a paso, de la geografía fantástica de un hemisferio. El Nuevo Mundo se convirtió entonces

en un recurso sin límites para el conocimiento. En los siglos xv y xvi, además, sin precedentes. Y en el xviii y el xix para construir el método y para abastecer a la razón. Desde el mapa de Juan de la Cosa en 1500 al de Zatta en 1774 hay un caudal de información precisa acumulada realmente ingente sobre una naturaleza y unos territorios igualmente ingentes: desiertos, quebradas, volcanes, costas, selvas, mesetas, ríos, nevados, sabanas, esteros, cataratas, pajonales, fosas, punas, páramos, glaciares...

Entre todos ellos, la cordillera (a la que se refiere el título del libro que comentamos) fue muy dura siempre de reconocer, como muestran numerosos relatos desde los internamientos de Hernando Pizarro en 1533 en el Perú o los viajes de Belalcázar y de Valdivia o «los grandes trabajos que pasó Diego de Almagro» en la «Jornada de Chili» entre 1535 y 1536. Fechas todas bien tempranas de una exploración que no cesó. Cuando el prudente Feijoo reflexionaba, ya en el xviii, sobre aquellas avanzadas ponderaba bien que «no se cobró un palmo de tierra que no costase una hazaña. No se dio paso en que no rompiese con mil dificultades». Aunque tal vez no fue tan costoso, añadía, tener a los indios belicosos delante como a los propios compatriotas detrás.

Cuando llega Humboldt a la cordillera, va con él toda la Ilustración y ya buena parte del Romanticismo. Así escribe en los *Cuadros*: «A las almas entristecidas, de preferencia, se dirigen estas páginas. El hombre que ha escapado de las tormentas de la vida gustará de seguirme en lo profundo de los bosques, a través de los desiertos sin límites y por la cordillera elevada de los Andes. A él pueden aplicarse estas palabras del poeta: ¡La libertad está en las montañas!». Resuenan en estas líneas, sin duda, dichos poetas, y también Rousseau. Y preludian a Reclus.

De este modo, su ascensión a las altas cotas del Chimborazo es expresión de dos solicitudes de su época y de su talante: la observación científica y la vivencia de la elevada cordillera. Sin lo primero no hubiera justificado su ascensión hasta la proximidad de la cumbre en 1802, pero la experiencia del desolado lugar y hasta el orgullo de la cota alcanzada eran igualmente fuertes en el ánimo que le movió y en las crónicas que luego hizo del suceso. Según sus propias cifras y según cuenta en sus viajes a las regiones equinocciales, llegó a 5.880 m de los 6.367 que calculó para la cima del pico, corrigiendo levemente a La Condamine, que le había otorgado 6.240 m. Puede ser que cambien algo, no mucho, estas proporciones en la realidad, ya que la montaña tiene 6.310 m. No es, por ello, ni el punto con mayor altitud del mundo sobre el nivel del mar, como entonces se estimó, ni tampoco de los Andes. Pero es una gran montaña.

El verdadero conquistador de la cumbre del Chimborazo en 1880, Edward Whymper, situó en el terreno con aproximación el punto en el que era posible que Humboldt y sus acompañantes se dieron la vuelta: dedicó a la expedición de 1802 abundantes referencias en su libro *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*, con un apéndice incluso que recoge el relato de Karl Bruhns, incluido en su *Life of Humboldt*, sobre la ascensión de los geógrafos, donde se señala que al volverse a tan elevada cota «alcanzaron una altitud a la que nunca antes había llegado un ser humano». Whymper, que es crítico con ciertas imprecisiones o cálculos de tiempo excesivamente rápidos en el relato de Humboldt, sobre todo con sus confusas referencias a los glaciares, otorga al punto de retorno algo más de 5.600 m. Humboldt dice que no pudieron seguir hacia la cima al interponerse entre ellos y ésta una «grieta» infranqueable, ancha y profunda: ¿era una grieta glaciaria? En la versión francesa está escrito claramente *crevasse*; sin embargo, en la traducción al español del libro completo de Whymper, editada en Quito, no se habla de «grieta» sino de «quebrada» y de «barranco», que no es lo mismo, lo que dificulta la interpretación del lugar.

En cualquier caso, la vivencia de la alta montaña y el logro del récord están explícitos también en esa tentativa. Humboldt no oculta su admiración por el logro alpino del científico De Saussure en el Mont Blanc: el «más sabio y más intrépido de los viajeros, monsieur De Saussure». Y, en consecuencia, tampoco su orgullo por haber alcanzado el punto «más elevado de todos aquellos a los que los hombres hayan llegado sobre el dorso de las montañas». Ciertamente, más que los Alpes, más que la temprana ascensión al Popocatepetl (5.450 m), aunque no por mucho. La primacía del Chimborazo como la montaña más alta del mundo duró sin embargo poco tiempo. Como el mismo Humboldt escribe en la edición de 1849 de los *Cuadros*, a partir de 1820 se obtuvieron con suficiente seguridad altitudes en el Himalaya que destronaron al Chimborazo: primero en el Dhaulagiri, al que se calcularon 8.516 m, y luego en el Kangchenjunga con 8.547 m, e incluso la sospecha desde el año 1840 de picos de 30.000 pies por el Kunlún, disolvieron no la grandeza pero sí la fama especial altimétrica del formidable volcán ecuatoriano. En 1852 se obtuvo finalmente la altitud del pico xv del Himalaya, que hoy llamamos Everest, al que se le otorgaron inicialmente 8.840 m.

Pero la hazaña tiene una resonancia intensificada y, con ella, llega el sabor especial del relato del explorador. En un libro de Juan Dantín de recopilación de lecturas geográficas decía su editor que nada era comparable en

viveza al río o la montaña descritos con emoción por su descubridor. Además, la conmoción estética a la vista en el horizonte del Chimborazo no está oculta: «[...] cuando la transparencia del aire ha aumentado súbitamente se ve aparecer el Chimborazo como una nube en el horizonte: destaca de las cimas vecinas; se eleva sobre la cadena entera de los Andes como ese domo majestuoso, obra del genio de Miguel Ángel, sobre los monumentos antiguos que rodean el Capitolio». Es el resumen de esta obra.

Si Humboldt entendió el mundo como un sistema de «cuadros de la naturaleza», tal concepción era la de una geografía del paisaje. Como apunta él mismo, entre la geología y Goethe. Y en ella, uniendo la comprensión y la medida de los objetos al sentimiento y contemplación, en «correlación misteriosa», era prioritario abogar por un conocimiento abierto al universo y a los «puntos de comparación». Se trataba (y se trata) de no caer en el localismo de montar toda la naturaleza sobre la única observación de la colina cercana, como aquel «pastor de Virgilio que se imaginaba ver, en su pequeña cabaña, al prototipo de Roma». Se trataba (y se trata) de unir, como indica en el *Cosmos*, razón, pensamiento, armonía y «soplo de vida», reunión de fuerzas, orden, luz, ánima y dependencia de los fenómenos.

En este planteamiento, el sentido de las imágenes estribaría, en palabras del propio Humboldt, en dejar constancia visual, potenciada, más allá de las ilustraciones de textos, de representaciones gráficas con entidad propia. Un «atlas pintoresco». Y precisamente porque este libro es, ante todo, una obra visual, es aún más paisajística. Buscó su autor la «representación exacta» y, como una incitación al viaje, la belleza de la composición, la descripción sugestiva, amena y precisa, interesante e instructiva. El libro es así como una excursión donde revelar, ver y explicar.

Escribe Humboldt que concede especial importancia a las láminas de monumentos y de contenido histórico por lo que se desprende de ellos de enseñanza de civilización. Con ello, creó una escuela que siguieron algunos historiadores con notable capacidad de comunicación, aparte de mostrar los «lazos mutuos» entre las «artes y los parajes». Sin embargo, como geógrafo me inclino especialmente por las láminas de lugares, por los «grandes escenarios» donde el autor reúne lo «romántico» y lo «grandioso», como la región de las nubes, las mesetas más elevadas, los volcanes cuyos cráteres son vecinos de los hielos perpetuos o los torrentes que se abisman. Mis preferencias concretas son el volcán Cotopaxi, las dos vistas del Chimborazo, el Pichincha, los basaltos columnares de Regla y el cráter del Teide (que, por cierto, ni es

de América ni es monumento ni cordillera sino licencia del autor, que para eso era Humboldt). El Cotopaxi era el volcán «más temido» y el de forma «más bella y regular». El Chimborazo, «el más majestuoso», el «imponente». Los basaltos en prismas significan la «identidad de las formas» litológicas, el modelo donde se reconocen todas las lavas del globo. Y el cráter del Teide es el camino al gran viaje americano, el último volcán aún de Europa y ya el primero de América, el último Etna y el primer Cotopaxi, el nexo de unión en la ruta entre el geógrafo europeo y la naturaleza americana.

En conclusión, la recuperación de esta obra íntegra es encomiable, pues, por su renovada oportunidad intelectual, por la calidad de su traducción, por el esmero de su edición y por su entidad como contribución bibliográfica. Pero además, servirá de estímulo para proseguir en la explicación de los paisajes con un elevado nivel de calidad.

En un libro de Nicolás Ortega, *Geografía y cultura*, editado en 1987, que abrió el horizonte de los geógrafos de modo que quisiéramos que fuera irreversible, se razona sobre las maneras de entender la geografía. Poner hoy en circulación esta obra de Humboldt es recobrar y propagar justamente una forma de entender, la fundacional, con sus valores mayores, como volver al diálogo con el paisaje y a mostrar la imagen directa de la Tierra. Tomando palabras de Ortega, diría que esta edición es un acto de elección de genealogía intelectual.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

*Sobre los paisajes agrarios de España**

Si hace ocho años ya el entonces Ministerio de Medio Ambiente publicó el *Atlas de los paisajes de España*, obra colectiva dirigida por los profesores Mata Olmo y Sanz Herráiz, con una factura muy similar a esta que ahora muy gratamente reseñamos (pues aquella alcanzó una extensión de 77 páginas más tan sólo y también fue

* Reseña sobre la obra colectiva de F. Molinero, J. F. Ojeda y J. Tort. (coords.): *Los paisajes agrarios de España. Caracterización, evolución y tipificación*. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino (MARM), Secretaría General Técnica, Centro de Publicaciones, Madrid, 2011, 606 pp. + DVD sobre «Una mirada a los paisajes agrarios de España», producido y realizado por la Mediateca del MARM. Además de los coordinadores, han participado en la redacción de esta obra Milagros Alario, Eugenio Baraja, Cayetano Cascos, Buenaventura Delgado (†), Vicente José Gallego, Alipio García, José León García, Pablo Giménez, Juan Carlos Guerra, María Hernández, André Humbert, Gemma Molleví, Valerià Paül, Gustavo Pestana, Marta Rubio, José Domingo Sánchez, Alexis Sancho, Rocío Silva y Águeda Villa. La documentación de esta publicación procede del archivo fotográfico y cinematográfico de la Mediateca del MARM.

acompañada de un CD-ROM), en 2011 y el que fuera hasta hace poco tiempo Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, procedió a la edición de *Los paisajes agrarios de España*, obra coordinada por los profesores Molinero, Ojeda y Tort. El paisaje, no sólo como concepto, sino también como objeto y ámbito de investigación en sus plurales dimensiones (desde las reflexiones más teóricas hasta la elaboración de inventarios, catálogos y descripciones bien más generales, integrales y globales o bien más específicos: paisajes urbanos, paisajes agrarios, paisajes naturales, etc.), ha sido una referencia central de la geografía desde sus inicios y a lo largo de su desarrollo posterior, como bien se afirma desde las páginas de inicio de esta publicación: «Los estudios de paisaje cuentan con una larga trayectoria geográfica, tanto que hace siglos eran vistos como la esencia de la Geografía, como su objeto de estudio principal, y mucho más los paisajes agrarios, que, en consonancia con el carácter de las sociedades tradicionales, expresaban y recogían la naturaleza de las comunidades rurales y sus modos de vida» (p. 5).

Es preciso subrayar y reafirmar el carácter vertebrador que el paisaje ha representado para nuestra disciplina. En la segunda mitad del siglo xx se reforzó todo ello con la exitosa difusión que en este ámbito significó (en la geografía española) la «ciencia del paisaje» (con grupos de investigación articulados en torno a las universidades de Barcelona —han de reseñarse con justicia las aportaciones pioneras de la profesora Bolós y su grupo más estrecho de investigación—, Granada o Salamanca), adaptando las contribuciones fundamentalmente francesas (escuela del profesor Bertrand, en Toulouse, cuyo método fue ampliamente probado y desembocó más recientemente en un nuevo planteamiento, el GTP, «geosistema, territorio y paisaje»), pero también rusas (Beroutchachvili, Sochava), sin olvidar igualmente las interdependencias de las investigaciones geográficas en este campo con las de la ecología, que de la mano del ya desaparecido profesor González Bernáldez (que en 1981 publicó el libro *Ecología del paisaje*), contribuyó a consolidar más todavía todo este complejo. De igual modo, y paralelamente, concurren a tal objetivo la incorporación de las formulaciones y conceptos de la ecogeografía, cuyos máximos exponentes fueron los profesores Tricart y Kilian. Es así como los conceptos de geosistema, geofacies y geotopo; las nociones de medios estables y medios inestables junto con las de biostasia y rexistasia; o las de fenosistema y criptosistema, enriquecieron y ampliaron los horizontes y dimensiones en el análisis del paisaje. Ya el profesor Jesús García Fernández, hace poco más